

Cinco maneras de contar la melancolía

Mario Martín Gijón

Decía Gonzalo Hidalgo Bayal (Higuera de Albalat, Cáceres, 1950) en una entrada de su blog, que la literatura «es oficio de grave riesgo espiritual, propenso a la insatisfacción y a la melancolía». Y sin duda, los cinco relatos que forman el libro *Conversación* se caracterizan por este sentimiento, que tiñe de tristeza otoñal incluso una aventura sexual o el triunfo de un empresario con antecedentes de filósofo.

El título del libro alude al carácter de narración oral destinada a una audiencia expectante que tienen los relatos, que así adquieren un cierto tono de narración juglaresca o épica, muy grato al creador de la saga picaresca de Casas del Juglar, cuyos ecos resuenan aún desde el grandioso fresco narrativo de *El espíritu áspero* (2009). Sin ser propiamente un ejercicio de estilo, tiene algo de reto la gradación creciente en extensión y complejidad de los relatos que forman este volumen y que en no pocas ocasiones reenvían a personajes o lugares ya conocidos del universo ficcional bayaliano. La primera narración, «Kalé heméra» establece desde su título una irónica ambigüedad pues el hermoso día aludido es el del encuentro entre un profesor de griego y una alumna que, ante los celos del marido, se venga con su joven preceptor, entregándose a él con una «melancolía inagotable», en un encuentro que podría verse como el reverso de la gozosa adúltera de *Amad a la dama*, actualización de la novela cervantina del celoso extre-

Gonzalo Hidalgo Bayal: *Conversación*, Tusquets, Barcelona, 2012.

meño. El siguiente relato, «Corzo», nos lleva a la geografía ficticia de los Huranes, parte de esa «tierra de murgaños» que es travesía de la Extremadura septentrional en la obra de Hidalgo Bayal. Quizás sea el relato que más recuerda el ambiente legendario de *El espíritu áspero*: Los herederos de una finca en esa inhóspita región, llamada La Tebra (que evoca la Trebia de Pedro Cabañuelas) se pierden en las estribaciones escabrosas de un lugar habitado por el conocido como Corzo, «el fiero y sigiloso guardián de La Tebra», que recuerda al forajido Canícula de la novela citada, pero más aún al mítico Numa del territorio benetiano de Región. Los forasteros protagonistas escuchan de labios de los lugareños distintas versiones, fragmentarias y contradictorias, de la tragedia que convirtió a un feliz padre y esposo en el temible personaje errabundo de esas tierras que es ahora, pero no tienen la ambigua fortuna de dar con Corzo, quien habitualmente «cuenta sin parar la historia de su desventura» para calmar su dolor, y cuya voz nos quedamos sin escuchar.

El relato que ocupa la parte central del libro, «Aquiles y la tortuga», es narrado por Saúl Olúas, el escritor adicto a los palíndromos que aparece en varias novelas bayalianas. Olúas narra la historia de su compañero Pedro Enrique, alias «Petrus», agraciado con todos los dones de la fortuna y que a raíz de leer una frase de Heráclito abandona los proyectos forjados por su familia a cambio del afán de construir un sistema filosófico basado en los presocráticos, para varios años después, tener que abandonar su empeño para heredar la sastrería de su padre, que convertirá en un gran imperio empresarial. Una historia de frustradas aspiraciones juveniles que recuerda a *Campo de amapolas blancas* (1997) y que resulta una parábola sobre las traiciones a la auténtica vocación, cuyas heridas supuran a pesar de las apariencias, pues como advierte Olúas, «no hay fracaso más oscuro y doloroso que el que se esconde tras los éxitos extraños, tras los disfraces de la fortuna lisonjera» y como concluye Petrus, a pesar de la herocidad de Aquiles, éste nunca alcanza a la tortuga de los ritmos fatales de la sociedad.

Los dos últimos relatos son los más complejos, psicológica y narrativamente. El «Monólogo del enemigo», narrado por un parroquiano que habla desde la penumbra del local, similar al

«hombre del rincón» de *Paradoja del invententor* (2004), tras una escena absurda, es la historia de una rivalidad que comenzó en los pupitres del instituto, prolongada hasta el borde de lo verosímil, y que recuerda tanto al «William Wilson» de Poe como a «El duelo» de Conrad, resultando en una reflexión sobre la inutilidad de la venganza y la superioridad moral de los vencidos, de modo que en no pocas ocasiones «la victoria es una de las formas de la derrota». El relato final, «Reparación», resulta un *tour de force* narrado desde una focalización imposible, la de un hombre inmóvil desde tiempo indeterminado en un sillón desde el que observa las rutinas de su vecino, inquilino de un aparente taller de reparaciones. Lo que empieza recordando a una historia de suspense similar a *La ventana indiscreta* acaba en delirio óptico y lingüístico donde la escritura de Hidalgo Bayal toca una de sus cotas más altas. El ángulo ciego de la costanilla que escapa a la visión del narrador se convierte, tanto como las palabras que no puede descifrar, en emblema de los límites del conocimiento y, sobre todo del lenguaje, de modo que el relato desemboca en la melancólica certeza de la imposibilidad de comprender y expresar lo realmente importante, de que «nunca tendremos acceso al significado y nos quedaremos presos de las palabras vanas».

Refiriéndose a Sánchez Ferlosio, dijo Gonzalo Hidalgo Bayal en una ocasión que, «en literatura, a partir del primer fruto maduro, no hay evolución ni progresión, sino un deambular circular», que consistiría en un constante cernir y centrar el territorio escogido por el autor. *Conversación* resulta por ello un caleidoscopio idóneo para adentrarse en un mundo novelesco donde la tensión entre las ilusiones pasadas y los límites de la fatalidad se reconcilia en la mirada de quien dice aceptar que, como dice Saúl Olúas, y entiéndase la definición en toda su gozosa polisemia, «no somos otra cosa que una lenta e inexorable declinación» ©